

dentro de una manta cerrada, pues sufría un vértigo. Cuando lo pusieron en su cama y volvió al uso pleno de sus facultades, daba risa y lástima.

Sufría un dolor de cabeza tan agudo, que sentía abrirsele el cráneo y las venas de la frente y sienas, hinchadas, se le veían saltar acompasadamente.

—Es por el humo de la dinamita y tú tienes la culpa.

—¡Ay! qué dolor tan fuerte. Sería mejor que no hubiera ido. Tenías razón. . . . ¡Ah! ¡ah!

—Esto se le quita hasta mañana al amanecer, — le decía Cipriano. Está empolvorao, pues también se encajó luego en la mera fogata. Amárrese la cabeza, retáquese las narices de tabaco y vea si duerme. Hasta mañana.

V

Aun cuando la veta del Alto en el socavón (que era la única parte donde se conocía, pues en la superficie no era visible) se presentaba en tales condiciones, que no podía seducir á nadie, pues sólo tenía 0m.72 de potencia, daba una baja ley de plata é indicios de oro; ochenta y cinco metros más abajo y con una profundidad vertical de ciento cuarenta y tres metros que fué donde la alcanzamos con el crucero Norte de Noche Buena, su potencia era de 3m.40, siendo casi estéril y con *boleo* en el bajo; metal de 2,500 gramos en el centro, abundante, y en el Alto con una faja de 0m.15 á 0m.25 de metales con ley de 32 kilos plata y 0.210 gramos oro en promedio por T. M. . . . Esa era la bonanza.

Dos días después, la veta Principal fué cortada por completo en el piso Morelos del Tiro General, y aunque ahí no había le-

yes alta, en cambio todo el filón estaba perfectamente mineralizado y su producción iba á ser abundantísima, pues tenía potencia de 0m.30, es decir, 0m.80 más del promedio obtenido en los labrados altos. La cortamos precisamente en la transición y á esto era debido el aumento de potencia, lo dócil de los metales y su completa mineralización de astial á astial. Cipriano se sospechaba que esta veta tenía una dislocación inmediata, y así fué en efecto: ocho meses después encontramos al Este una veta transversal estéril que fué al fin causa de grandes pérdidas de vidas y capitales.

En el tirito de San Jorge, abierto al W. de la mina, se llevaba á toda prisa el crucero de San Rafael á los 75 metros; Cipriano decía:

—Onde nos cuaje en San Rafael, damós capote; mamamos á dos chiches y bebemos leche.

Informé á la Junta minuciosamente, y sobra decir que á los dos días de recibida mi carta, vinieron todos los que la formaban y aún otros más, entre ellos dos *coyotes* que se perdían de vista, los cuales sin avisar siquiera, se metieron á lo loco, huroneando por toda la mina, pues tenían algunos conocimientos prácticos; preguntaron más que el famoso Padre Ripalda, á los mineros destajeros, peones. etc., y después de comer, en un carro rabón, se fueron con viento fresco para la estación de La Rosa.

La bruma de tristeza habíasela llevado la brisa de la alegría y de las esperanzas realizadas. Nadie se acordaba de los muertos, sino para bendecirlos por haber traído la bonanza, pues hay muchas supersticiones que por groseras y estúpidas que sean, se propagan de una manera asombrosa, y á veces fecundan hasta en los cerebros inteligentes y cultos (los menos á propósito para todo lo extravagante), ya por una coincidencia notable, ó ya por la corriente general que parece los atrofia, sugestionándolos.

Se les dieron sus *primas* á los destajeros de ambos labrados, así como á Cipriano y á algunos otros: se determinó el sistema

de trabajo más á propósito, el cual sería de paradas de obra sobre los metales ricos y de hacienda, dejando la limpia á los buscones (sin tocar los *bordos*) al décimo, y la *gallina de hacienda* en el patio, con viejas y muchachos sobre los escombros y desechos, al tercio. Se decidió emprender desde luego otras obras de radical importancia que tenía yo trazadas, y una alegría delirante llenó todos los ánimos.

Al tercer día de llegados los de la Directiva, y cuando ya había gran extracción de metales, á la hora de la comida, el entusiasmo subió con los vinos y no faltaron curiosos brindis, abrazos, protestas y hasta lagrimilla. Luis, en un arranque de los suyos, en aturdimiento, chispa, pidió de golpe los *Campos* para los empleados. Todos los de la Junta, empezando por el español, que era el más *remojado*, los concedieron sin vacilar, menos don Jorge, que interrogándome con los ojos y viendo mi conformidad, dijo también que sí al último. Aplausos y efusivos abrazos. Esto me disgustó un poco, porque iban muy de prisa: y sobre todo, porque esos acuerdos de sobre mesa son á veces desacuerdos; pero después también se me fué el santo al cerro, vino la loca de la casa, y todo fué color de rosa y oro.

Cuando tomábamos el café, Don Jorge ordenó á Luis que fuese al escritorio á traer papel timbrado de carta, pluma y tintero. Todos quedaron en silencio, esperando. Vuelto el ingeniero que se bimbaleaba á pesar de sus esfuerzos por caminar recto, díjole el alemán:

—Siéntate y escribe. Fecha de hoy.

«Excelentísima Señora Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle, Condesa del Puente y Marquesa del Pirnar.—Hacienda de El Olivo.

—Corchos—interumpió el español—cuánto nombre para una sola vieja. Parece que estoy leyendo una defunción, en *La Epoca* de Madrid.

Don Jorge continuó dictando:

«Excm. Señora Condesa: contesto sus dos apreciables cartas, del 14 y 16 de éste, suplicándole respetuosamente se dignen perdonar mi demora, por las múltiples ocupaciones que limitan mi tiempo y haber tenido necesidad de venir á esta Negociación casi de improviso, donde me tiene V. E. á sus órdenes, así como á todos los empleados que hay en ella.

—Señor,—interrumpió Luis sin poderse contener—se compromete usted y nos compromete demasiado. No la conoce.

Todos reímos. Don Jorge le dijo:

—Sigue escribiendo:

«No sin grandes dificultades y sólo por tratarse de Vuestra Excelencia, he podido arreglar el que se le paguen luego los **5,730 ps. 40 cs.**, cinco mil setecientos treinta pesos cuarenta centavos, que justamente le adeuda esta Negociación, según documentos ya revisados; pero como faltan por liquidar algunas otras cuentas pequeñas, y sobre todo, hay imprescindible necesidad, según nuestros Estatutos, de que firme V. E. en uno de los libros de la Compañía, agradeceré á V. E. infinito, se sirva pasar á esta Negociación, donde será atendida como se merece tan noble y distinguida persona.

«Suplicándole perdone mi involuntaria tardanza en contestarle, así como verme obligado á hacer salir á V. E. de su quinta veraniega, pues de otro modo no podré cumplir sus deseos, pongo á los pies de V. E. mi persona, profundos respetos y humildes servicios.

—J. von Sberg.—»

Después de firmar añadió Don Jorge esta posdata de su puño y letra: «Desearía saber qué día señala Vuestra Excelencia para que, si por causas ajenas á mi voluntad tuviese necesidad de ausentarme, dar al Director, Sr. Ingeniero Ricardo Colt, las instrucciones necesarias.»

A las cuatro de la tarde, un mozo llevó la carta á la hacienda

de El Olivo y á las 9 p. m. de ese mismo día, después de dar las instrucciones necesarias como lo prometiera, salió Don Jorge en una diligencia con todos sus acompañantes para la estación de la Rosa, menos Don José Ruiz Robles que se quedó para la fiesta.

Este y Luis se encargaron de preparar la recepción, y como el español era muy rico, hizo de su peculio casi todos los gastos, que no fueron flojos por cierto.

Al día siguiente á las 11 a. m., entraron ambos como una tempestad al Escritorio donde yo estaba, con la contestación de la Condesa en la mano. Se morían de curiosidad. Venía en papel timbrado con los nombres y títulos ya conocidos del lector, más un escudo y una corona condal ó algo por el estilo, pues ninguno de los presentes sabíamos lo más mínimo de heráldica. Decía así:

« Señor Jorge von Sberg.

« Estimado amigo: como usted lo desea iré á esa Negociación el viernes próximo.

« De usted afma. S.

G. M. V. de L. y S. de Tagle. »

— El nombre es un abecedario y la firma una cola de rata— dijo el español.

— Y la letra se parece á ella en lo presumida— añadió Luis, por decir algo en contra. ¡Si el buen muchacho hubiera sabido que poco tiempo después por ver esa letra, que era de Rosa Elena, una de las hijas, se había de volver medio loco!

— ¡Corchos! Estamos en martes, de manera que nos quedan dos días y medio para prepararnos. A darle, amigo Don Luis. ¡Duro y á la cabeza! . . .

— A darle, ínclito Don Pepe.

Empezaron en efecto desde luego á discutir varios proyectos, en conciliábulo con el austriaco Snurff, el yankee Moore, Cipriano, Dr. Ramírez, etc., etc. Difícilmente pude sostener el tra-

bajo en mediano orden esos días, pues casi todos andaban ocupadísimos con Don José y Luis.

No parecía sino que iban á recibir al Presidente de la República; tal era el empeño y casi furor con que preparaban la recepción.

Yo, la verdad, nunca hubiera creído que la ilustre señora cañera en el cuatro, dados sus humos y burbujas, siempre tan altos. Pero el deseo de conocer la Negociación donde se habían levantado y seguían construyéndose varios edificios, la instalación ya muy adelantada de la ruidosa maquinaria; el famoso lugar donde murieron todos aquellos infelices, pues creía seguramente que eran lugares fáciles de ver, el ruido de la bonanza bárbaramente exagerada por la imaginación del vulgo y más que todo la endiablada carta de Don Jorge, que fué recibida con grata sorpresa de satisfacción, siendo comentada y leída muchas veces, decidieron á la buena señora á la tan deseada y para mí difícil visita. Además, el Lic. Castillo Contreras ya no estaba ahí, sino tan sólo su esposa é hijas, de manera que la ilustre dama olvidó lo que debía, quiso cobrar lo que le adeudaban, que tal vez necesitaba, y sobre todo, y quizá lo principal, ser recibida como tan noble y distinguida persona se merecía. Y se fué de bruces.

Luis y Don José no descansaban un momento estando en todas partes y haciendo á cada momento cóleras formidables. En las tres noches no durmieron sino unas cuantas horas. La gente empezó á decir que iba el Gobernador á bendecir las máquinas y todo el mundo lo creyó, de manera que la fiesta prometió ser más grande de lo que se esperaba. Fueron llevados violentamente del pueblo de San José todos los sastres y aprendices del oficio que se pudieron encontrar, instalándolos en los Almacenes con sus maquinillas y demás útiles; al Escritorio llevaron otras máquinas de Singer que manejaban varias viejas y señoritas; mozos salían cada media hora con diversos rumbos á mata caballo, ya con cartas, recados ó telegramas; en el patio, carpinteros, paleros y ayu-

dantes levantaban arcos cubiertos de ramos y banderolas con feroces dísticos; en el teléfono se desgañitaban volviendo locos á los del pueblo de San José; se trajo un carro de transporte con ollas, cazuelas, cacerolas, platos, cubiertos, etc., etc., conseguidos quién sabe dónde; varios burros con pesadas botas de chivo llenas de mezcal y tequila, fueron recibidos con grandes ceremonias y cumplidos, anunciando semejantes heraldos estar próximo el día del juicio; en las caballerizas una ternera, dos cerdos, borregos, guajolotes, gallinas, etc., estaban en capilla sin esperanza de indulto; en la galera de lámina donde fueron velados los muertos se improvisó con tablas y duelas americanas una mesa para cien personas, adornándola profusamente con papel de china y malezas como pulquería; se levantó un *templete* para cien músicos inmediato á la mesa; más de diez barreteros sentados frente á dos cajas de dinamita, con rollos de mecha, periódicos y cientos de casquillos á los lados hacían montones de espoletas á los que deberían *hacer segunda* algunos miles de cohetes; tres zarandas fueron ocupadas para cernir arena, con la cual formaron cuatro montones que colocaron sobre láminas de fierro á uno y á otro lado de la entrada; formóse también una represa en el caño general del desagüe de los tiros para tener listo un regular caudal de agua. La víspera me fué imposible disponer nada; logrando solamente que parte del desagüe no se interrumpiese, es decir, que sólo quedaran trabajando las bombas.

A las cuatro de la mañana de ese famoso viernes aquello era una feria. Estaba despierto pensando en lo que íbamos á hacer, pues aunque yo sólo observaba, debía aparecer necesariamente como el principal promotor del escándalo, dado mi carácter de Director General. De pronto oí que tocaban la puerta con los nudillos de los dedos.

—¿Quién?

—Levántese usted, señor Ingeniero,—exclamó el español.— ¡Corchos, usted debe dirigir la maniobra aunque no quieral

Salí. Don José y Luis andaban de frac, corbata blanca y sombreros de petate:

—Pónte tu frac—me dijo Luis.

—No estoy loco.

—¡Corchos! Debe usted hacerlo, señor Ingeniero, pues de lo contrario sería la excepción. Todos andamos lo mismo.

—No lo tengo acá.

—¡Corchos! Lo tengo en mi cuarto. Lo pedimos con tiempo á su casa por medio de Don Jorge.

Tuve que hacerlo como los demás, pero hasta después de las ocho. Fuí mientras tanto á ver todos los preparativos, y la verdad que lo habían hecho admirablemente. Me divertí mucho y con sobrada razón: había más de treinta personajes de frac, inconfundibles, los cuales, al encontrármelos, se ponían ruborosos y atontados, con esa torpeza molestísima de la gente falta de trato que se encuentra de golpe en un medio que le es desconocido y que el temor al ridículo los pone como idiotas.

Aquello era un carnaval. Los bomberos, los mecánicos, los paleros, los mineros de cuarto, todos los del escritorio, los de los Almacenes, los rayadores, el capitán de patio, el Dr. Ramirez, Moore, etc., etc., andaban de frac, y lo que es peor, de frac rojo, pantalón corto, medias negras y zapatillas. Serios y tiesos, muy estorbosos dentro de aquella indumentaria fabricada á lo diablo, era imposible verlos sin echarse á reír descompasadamente. Muchos no sabían de lo que se trataba; pero sí creían de una manera vaga que andaban de personas grandes y esto les tenía satisfechos y soplados. Muchos no quisieron abandonar los sombreros de petate hasta última hora; pero otros, de chistera, se atoraban en todas partes y no podían amoldarse encima de las cabezas aquellos endemoniados tubos de chimenea de falda *engarruñada* que no se encontraba nunca, como decía Cipriano.

Este, muy guapo, como era un hombre de una perspicacia notable, tomó el asunto á broma y cada movimiento que hacía

era una payasada. Mordaz como ninguno, y ya un poco achispado, se burlaba de todos en sus mismas narices, de una manera sangrienta.

—Venga usted, señor—me dijo después de saludarnos. Vamos á la fragua. Allí les están tusando las greñas y rapando los hocicos á todos. Venga á ver al Tuerto, al Mono é'lodo y á la Llorona. Son los más rasposos

La herrería, que era un galerón de 18 metros de largo, habíanlo convertido en barbería, donde seis rapistas de huaraches y calzón blanco andaban ocupadísimos arreglando las hirsutas cabelleras y barbas de aquellos señores. Entre los yunques, tornillos y fuelles, sentados en bancos y los más afortunados en sillas de palo sin pintar, con las cabezas á pulso, rígidos los pescuezos, los *patios ó cotences* á guisa de tohallas, las caras enjabonadas ó los mecheros cayendo al golpe acompasado de enormes tijeras que mordían, arrancando antes de cortar, presentaban un cuadro tan bello y original, que era una delicia verlo. Cuando entré con Cipriano sostenían una discusión á gritos, con sonoras interjecciones.

Se trataba de si dejarían tan sólo el bigote á Don Pablo González, capitán de patio (a) Mono de Lodo.

—¡Déjale la chival!

—¡No, ráscale hasta las cejas!

—¡Píntalo de morao!

—¡La chival! ¡Muera la chival!

—¡Abajo la chival!

Me pusieron de árbitro y decidí que, dado el traje, lo más propio era que la chiva fuese al suelo, para que dejara visible la inmaculada pechera y la blanca corbata. Se hizo en el acto y el pobre hombre parecía otro muy distinto; pero lo que más escándalo produjo fué el descubrimiento de una gran cicatriz que Mono é'lodo tenía en un carrillo, dándole vuelta por abajo de la barba.

—Ah, indino Mono, si tienes barbiquejo—dijo Cipriano.

—¿Quién te lo hizo?

—¡¡Tu madre!! . . . bufó el héroe.

—Güena mano tenía la probe. Lástima que se aiga dijuntiao. ¡Soy güerfano!

Nadie podía competir con aquel temible hablador. Sin embargo se le insubordinó la gente, pues usaba toda la barba y por más que se defendió, como le alcanzaba el fallo, á la fuerza lo sentaron en un banco. Todos se le rodearon amenazándolo con sujetarlo de un tornillo y *chamuscarlo* con un fierro caliente hasta el *pellejo* si no se dejaba por la buena. Iba el maestro rapista en medio de aquella poda, con gran regocijo de los presentes y avinagrada cara de la víctima, cuando oímos en el patio carreras y gritos de *¡ay vienen!* Dentro hubo un tumulto. Todos quisieron salir á un tiempo por la única puerta abierta y hubo estrujones, codazos, golpes, palabrotas, chisteras por el suelo; algunos salieron en medias, pues en la apretura dejaron las zapatillas; dos ó tres fracs y pantalones se abrieron por los puntos de menor resistencia, y al yanke Moore (a) La Llorona, le arrancaron una manga.

Si en ese momento hubiese llegado la ilustre dama, la derrota habría sido vergonzosa. Nadie se entendía y Don José y Luis se desgañitaban. Por fortuna los dos coches que subían, era una vieja carretela y un *guayín* ídem, tirados por cuatro famélicos animalejos indefinibles: eran epigenias de caballos con fachas de mulas. Dentro de los vehículos venían el director de la música en compañía de otros nueve colegas, es decir: de diez músicas de diversos pueblos y haciendas se había hecho una sola bajo la dirección general del famoso Don Canuto Entorchado y Arias, que en veinte leguas á la redonda no tenía quién se le pusiera al frente en asuntos ruidosos. Se reorganizó la gente, se remendaron los rasgones, se compusieron y pulieron las chisteras que parecían gatos furiosos, y Luis y Don José, ya escarmentados, pusieron avanzadas para evitar una sorpresa.